

diez novelas, trata exclusivamente de los malos sacerdotes, de sus relaciones criminales con las mujeres solteras y casadas, de las venganzas de los maridos engañados y de las astucias de que se valen los malos clérigos para salir con sus cómplices del paso; por ejemplo, la excusa de aquel que sorprendido infraganti, trató de persuadir al marido de que quería engendrar á un quinto evangelista. Pinta igualmente sus engaños con reliquias, sus promesas de hacer resucitar algun muerto y dar entrada en el paraíso, cobrando, por supuesto, anticipadamente; y por último refiere con viveza y con multitud de pormenores tales que no puede dudarse de su entera veracidad, cómo otros mas pícaros que ellos les hacen perder el dinero mal adquirido. No cuenta Masuccio estas cosas por casualidad ni para mero pasatiempo de los lectores, sino con el fin bien meditado y serio de ilustrar al pueblo haciéndole ver lo que son sus pastores. Así lo manifiesta claramente en los exordios, en forma de epístola, y en los epílogos, que encabeza con su nombre, en uno de los cuales exclama: «¡Que la tierra se trague vivos á estos malvados, soldados del demonio, juntamente con sus protectores!»

De esto á cierta despreocupación y tolerancia religiosa no hay mas que un paso, y efectivamente, habla Masuccio de los mahometanos como infieles pero elogiando sus virtudes, su gratitud y generosidad.

Entre los cuentos que inventó ó que corrian en su tiempo y aprovechó para fomentar el odio contra el clero de la época, figura uno cuyo héroe es el emperador Barbaroja, el cual por la perfidia del papa, en una peregrinación á la Tierra Santa cayó en manos del sultan. Puesto en libertad bajo la promesa de pagar un elevado rescate, el emperador dejó una garantía en poder del sultan, y quedó admirado cuando vió que este no quiso aceptar el rescate y le devolvió la garantía, con cuyo proceder ambos soberanos se hicieron amigos. Para castigar al papa marchó contra él Barbaroja con una gran hueste, le arrojó de Roma y le encerró en un hospital de Sena, donde murió miserablemente.

Este cuento se halla en el libro quinto, que refiere hechos caballerescos, nobles y generosos, de amor y fidelidad conmovedora, muchos de ellos bellísimos, mientras en los demás libros, especialmente en el segundo y tercero, narra «tretas que se juegan á los celos y artimañas de las mujeres,» salpicadas de impudencias y obscenidades que en las novelas de aquel tiempo eran todavía moneda corriente y que por cierto debieron divertir á Antonio Beccadelli, al cual Masuccio dedicó una de estas novelas.

No podia haber, pues, mayor contraste entre Masuccio y Beccadelli, hijos de un mismo pueblo, literatos ambos y contemporáneos; pero ambos concordaron en su odio á los papas y á todos los ministros indignos de Dios.

Semejantes contrastes se veían entonces á menudo en Italia y mas que en otra parte en Nápoles, adonde los aragoneses habian llevado un espíritu diferente del italiano, espíritu que se conservó incólume contra la influencia poderosa del país en que vivían, como lazo indestructible que los unía á su madre patria. Los castellanos, que despues de ellos dominaron en Nápoles, fueron todavía mas refractarios á la civilización italiana y hasta enemigos de su literatura, que tachonada de reminiscencias paganas, repugnaba á su fanatismo religioso y á su espíritu nacional insólito. No entra en nuestro propósito seguir los pasos de la literatura y del espíritu que se formaron bajo la influencia española, y cuyas primeras manifestaciones son dos dramas del año 1492, de los cuales nos ha dado noticia Gregorovio. El uno, titulado: *Historia Bética*, escrito por Carlos Verardi, trata de la conquista de Granada, último baluarte del poder árabe en España; y el otro, titulado: *Fernandus servatus*, escrito por Marcelino Verardi, describe la

salvación del monarca español del puñal de un asesino. Ambas piezas carecen de importancia literaria y solo sirven para atestiguar la consideración que el gobierno español gozaba ya en Nápoles. Desde entonces no faltaron á los soberanos españoles panegiristas y poetas cortesanos, aun sin hablar de Carlos I, que para los italianos era mas emperador de Alemania que rey de España; pero se conoce que á estos poetas les faltaba el entusiasmo sincero. Puede servir de ejemplo de la literatura de aquel tiempo Luis Tansillo, que vivió desde 1510 hasta 1568, imitador feliz y de mucho talento y estro de la poesía bucólica creada por Sannazaro, y además moralista notable. Tansillo, en sus poesías instructivas, pinta admirablemente la sociedad de su tiempo, que gemía bajo el yugo de los extranjeros, á quienes alguna vez solia tratar de bárbaros, con las indispensables sátiras, bien que prudentes, que le dictaba el espíritu de venganza.

El esplendor que la literatura habia alcanzado en los reinados de Alfonso y Fernando, habia pasado ya.

CAPITULO XIV

VENECIA Y EL PAPA JULIO II

Venecia ocupa en la literatura del Renacimiento un puesto secundario entre las ciudades de Italia que se distinguieron en este movimiento. Petrarca habia legado á esta ciudad su biblioteca, pero este donativo generoso no despertó la afición al estudio de las buenas letras, y fué, además, no solamente mal conservado sino deteriorado y dispersado. Un siglo despues, Besarion, regaló á la misma ciudad su gran biblioteca, que ya fué mejor aprovechada. Estas donaciones significan evidentemente algo mas que un obsequio y un homenaje respetuosos hechos á la poderosa y opulenta ciudad republicana, porque á los donadores debia de constar forzosamente que allí habia elementos estudiosos que saludarian con alegría y aprovecharian solícitamente estos grandes auxilios para sus tareas intelectuales, aunque no hayan llegado sus obras hasta nosotros. En cierta manera podria explicar y probar la existencia de un espíritu vigoroso del Renacimiento el hecho singular de que Venecia fué la primera ciudad donde se formaron notabilísimas colecciones de objetos antiguos, medallas, monedas, bronce, esculturas de mármol, piedras talladas y manuscritos de autores clásicos, preciosísimos en cuanto sirvieron para completar otros manuscritos incompletos y fragmentarios, segun consta en un documento notabilísimo del año 1335 de un ciudadano de Treviso llamado Oliverio Forza. El gusto y la afición existían, pues, aunque el primero no fuese muy refinado ni correcto, ni hubiera la instrucción bastante para ordenar por épocas, carácter y estilos estos tesoros. Su adquisición y reunion facilitaban ciertamente las relaciones mercantiles de la potente república, pero estas relaciones no bastan para explicar por sí solas la formación de tan notables colecciones, que hicieron célebre la ciudad de las lagunas. En virtud del mismo impulso y espíritu artísticos, Venecia se llenó de soberbios palacios y otras obras monumentales y de esquisito gusto; sus templos se cubrieron de magníficas obras de pintura y escultura; en sus plazas se levantaron estatuas á sus patricios beneméritos; los venecianos, deseosos de perpetuar la memoria de sus ciudadanos mas dignos, hicieron construir en vida de estos mausoleos fastuosos para darles honrosa sepultura. Pero la enumeración y descripción de todas estas creaciones artísticas corresponden á la historia del arte, aquí nos basta citar solo algunas por su importancia local y más por su significación bajo el punto de vista del Renacimiento.

Uno de los edificios mas característicos es la escuela de San Marcos, construida en 1485, cuya magnífica fachada, que



Iglesia de San Juan y San Pablo, en Venecia

se conserva desde entonces, habiéndose renovado y modificado el resto de la fábrica, ha sido calificada por un autor competente en el arte como «uno de los monumentos históricos mas importantes de la vida veneciana de su tiempo, cuya expansion alegre y elegante representa perfectamente.»

La devocion de los venecianos á su patron San Marcos, al cual dedicaron este y otros edificios, no les privaba, como ya hemos visto, de encargar y fomentar innumerables obras artísticas dedicadas á otros fines. Entre las ramas del arte que florecian en Venecia era una de las principales la pintura, entre cuyas obras ocupan los retratos un lugar importante por diversos conceptos. Se hicieron, pues, el del dux Leonardo Loredano, pintado por Juan Bellini, que vivió desde 1426 á 1516 y fué uno de los pintores mas estimados de su época. Bellini, celebrado en términos entusiastas hasta por Ariosto y

Pedro Bembo, fué ocupado en su arte por los personajes mas encumbrados é inteligentes, como Isabel de Mantua y el citado dux Loredano, que durante su reinado, desde 1501 hasta 1521, en medio de este período de terribles luchas políticas para la república, protegió noble y eficazmente las artes, las ciencias y las letras. Esta proteccion notoria está demostrada, además, por el discurso fúnebre del humanista Andrés Navagero, discurso que fué tan aplaudido que mereció ser considerado universalmente como el obsequio mas digno hecho á la memoria del difunto. El deseo de celebridad en vida y despues de la muerte animaba en aquella época, como ya hemos dicho en el principio de esta obra, á todos los corazones nobles, ya fuesen políticos, ya guerreros, ya artistas, ya literatos; muchos vieron cumplido este deseo en vida y otros alcanzaron gloria póstuma y no pocos el honor



El leon de San Marcos en la Piazzetta de Venecia

de que fuese perpetuada su memoria en monumentos. Esta suerte tuvo en Venecia, entre otros, el dux Pedro Mocenigo, que murió en 1476, por haber prestado á su patria como general servicios eminentes. Fué elegido dux un año antes de su muerte, y despues honró su memoria la república con un mausoleo magnífico en la iglesia de San Juan y San Pablo. Igual honra cupo al dux Vendramino. El de Mocenigo es interesante, aparte del valor artístico, por la mezcla de detalles paganos y cristianos, laicos y religiosos. En lugar de ángeles sostiene el sarcófago guerreros romanos; en ornacinas y encima del sarcófago se ven estatuas de guerreros cristianos; los dos extremos del zócalo están adornados de relieves que representan hazañas de Hércules, y solo en otro relieve que corona todo el sepulcro, se ve una escena religiosa, la visita de las Santas mujeres al sepulcro de Jesus. Encima de todo están las estatuas del Salvador y de dos ángeles.

Un ejemplo del afán de llegar á la posteridad es la estatua de Bartolomé Colleoni, que nació en el año 1400, fué jefe de banda, y despues de vender su espada á diferentes amos, entró finalmente y para el resto de su vida al servicio de la república de Venecia que le agradeció su fidelidad, actividad y pericia. Colleoni reunió un gran caudal y proyectó hacer fundir su estatua, pero habiéndole sorprendido la muerte sin poder realizar su intento, la ciudad de Venecia encargó la ejecucion del monumento á Andrés Verrochio y A. Leopardi, cuya obra ha resultado ser, segun opinion de Jacobo Bur-

ckhardt, la estatua ecuestre mas imponente y perfecta del mundo. Jinete y bruto forman como un solo sér y se completan sin perder su individualidad poderosa. En ninguna otra figura se presenta tan bien caracterizado aquel gran período de Venecia, en que florecieron y se impusieron á los diferentes gobiernos italianos estos caudillos nobles, muchos de ellos soberanos en sus territorios, y todos mercenarios, aventureros y facinerosos.

El papa Paulo II, hijo de Venecia, introdujo en Roma la aficion apasionada de su ciudad patria á las artes, y probó de paso con su ejemplo que esta aficion era independiente del amor á las letras humanas y de su fomento. Las letras encontraban además escaso entusiasmo en los venecianos, por ser el genio de estos mas práctico que poético. Desde largo tiempo habian procurado establecer un régimen de buena instruccion, creando escuelas y establecimientos para la enseñanza superior, y aun las cátedras de letras, donde se estudiaban tambien los filósofos de la antigüedad, pero en todo esto prevalecia el indicado espíritu práctico, como puede inferirse de una disposicion del gobierno en el año 1446, que mandó instruir á la juventud, principalmente en las cosas «que se armonizan con los usos y costumbres, de nuestra ciudad y de nuestra república.» La instruccion, las artes y las letras se fomentaban en Venecia por vanidad y para competir con otras ciudades y Estados italianos, donde se cultivaban estos ramos de la actividad intelectual por

la gloria, y las letras en especial por la afición. Venecia, para no ser menos, llamaba á su seno á los talentos, ya que ella no los producía, como oradores é historiadores, que tanto abundaban en Florencia.

No por esto faltaron literatos venecianos distinguidos. Figura en primer lugar en la literatura del Renacimiento italiano, Carlo Zeno, que murió en 1418, bien que mas como protector que como genio literario. Vienen luego los dos Giustiniani, padre é hijo; el primero, que vivió desde 1388 hasta 1446, alto funcionario del Estado, como Zeno, y que pronunció el elogio fúnebre sobre la tumba de este. Murió revistiendo el alto empleo de procurador de San Marcos. Era humanista notable, sabia el griego; se mostró perito en música y en la literatura italiana, procurando su mayor lustre con celo é inteligencia, pero en el último periodo de su vida dedicóse casi exclusivamente á estudios teológicos, en lo cual se diferenció mucho de Zeno, que hasta su muerte quedó fiel á los estudios de humanidades. Su hijo Bernardo, que nació en 1408 y murió en 1489, fué elegido tambien por sus conciudadanos para los cargos mas elevados de la república y finalmente para el de procurador de San Marcos, como su padre. Como humanista dedicóse toda su vida exclusivamente al estudio de los autores clásicos antiguos; llegó á ser una notabilidad en componer discursos latinos y escribir cartas clásicas en este idioma, por lo cual fué el orador oficial de la república, que le encargaba de pronunciar los discursos de recepción cuando soberanos extranjeros, como el emperador de Alemania y el rey de Francia, visitaban la ciudad; y por la misma razon fué enviado con misiones diplomáticas á otros puntos de Italia y al extranjero. Pero todas estas ocupaciones serias apenas le distrajeran de sus estudios filosóficos, literarios é históricos, y no disminuyeron su veneración á los restos de la antigüedad ni de la historia gloriosa de la antigua Roma y de su ciudad patria. Su indómito amor patrio le hizo observar en un discurso que dirigió al rey de Francia, que los franceses debían su ilustración á Italia; y en otro discurso llamó bárbaros á los alemanes, á cuyo emperador acababa de saludar en nombre de su gobierno, porque titulaban al jefe de su imperio, *imperator*, voz que en el latín clásico jamás había significado jefe del Estado.

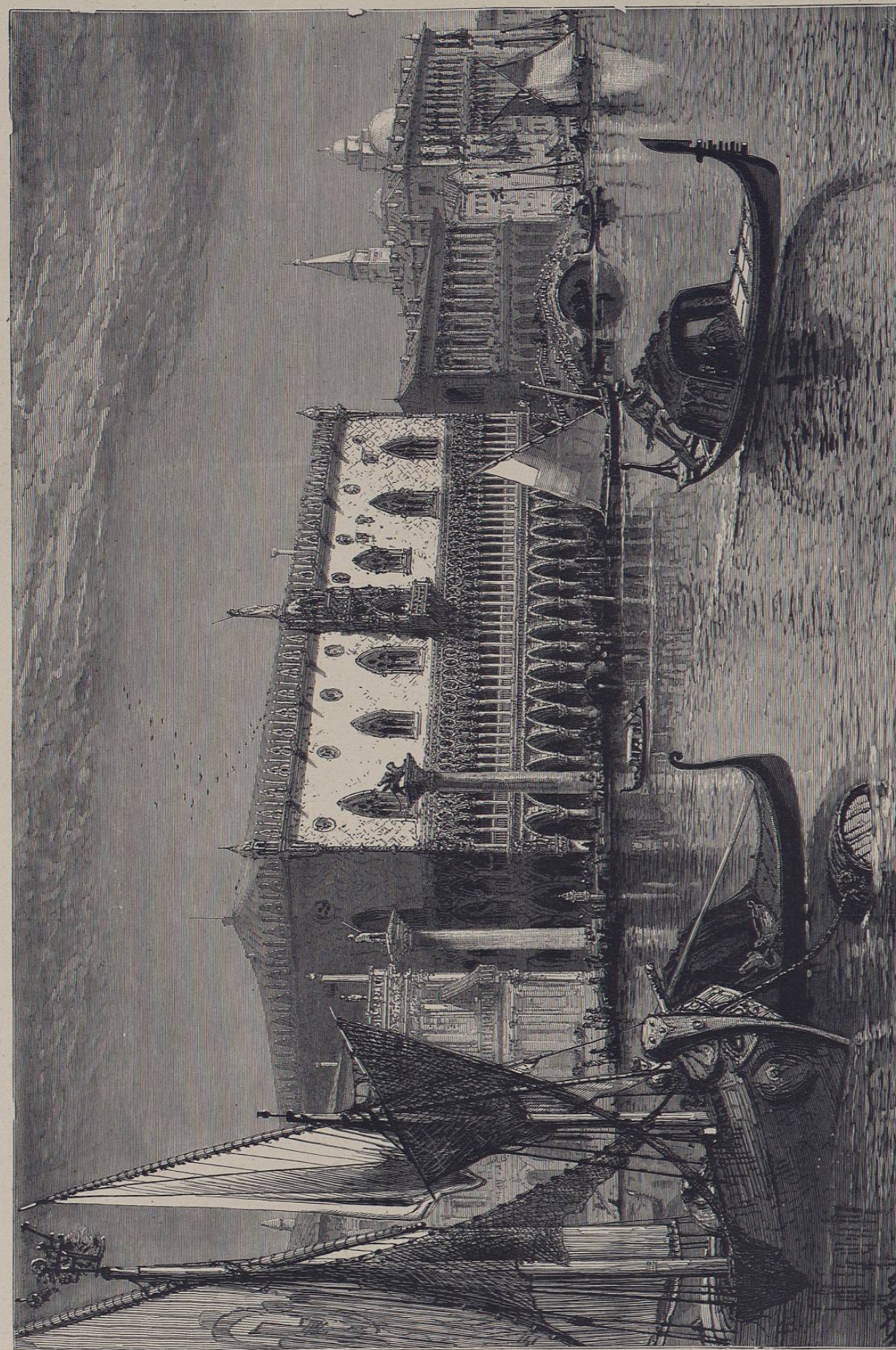
Otro notable humanista veneciano fué Francisco Barbaro, que vivió desde 1398 hasta 1454, y fué, por consiguiente, contemporáneo de Giustiniani, padre, y como este, su hijo y Zeno, alto funcionario del Estado, y además solicitado por otros Estados como embajador y mediador. En las explicaciones que da á su gobierno sobre sus negociaciones diplomáticas, en sus cartas y comunicaciones oficiales, refiere tambien los sucesos que pueden interesar á Venecia é influir en su política, como batallas y operaciones de guerra. En medio de estas ocupaciones no descuidó el cultivo de las letras; escribió tratados llenos de erudición, pronunció discursos, estudió el griego y las obras antiguas escritas en este idioma, y fué uno de los pocos talentos penetrantes é independientes que declararon la civilización romana hija de la griega. Literato modesto, quería que se reconociese su mérito como hombre político, y en una de sus cartas dice: «Diez meses hace que estoy sin noticias del consejo; en todo este tiempo no he recibido el menor testimonio de su aprobación, siquiera como recompensa, aunque pequeña, de mis trabajos y de las fatigas increíbles que soporto en provecho de la república.»

Tambien como político eminente y patriota sincero y práctico se interesó por los asuntos interiores y las guerras exteriores y negociaciones de Venecia, como igualmente por todos los sucesos que podían influir de cerca ó de lejos en

su suerte y en los destinos de toda la Italia, como las tareas del concilio de Florencia, que entonces trataba de la fusión de la Iglesia cismática griega con la romana, y defendió calurosamente una coalición armada y ofensiva contra los turcos. Como sabio práctico, recomendó que se educara á los jóvenes para ser ciudadanos útiles á la república con sus conocimientos y estudios, en lugar de hacer de ellos hombres eruditos pero cuyo saber á nadie aprovechara. En este sentido excitó á un amigo suyo diciéndole: «Es hora ya de que la filosofía salga de la morada de adeptos inútiles, y la conduzcas al mundo de los hechos y al combate. Felices los hombres que en un país libre trabajan para el bien comun y ocupan con dignidad grandes cargos, contentándose con la gloria de ser sabios prácticos.» Un literato de esta índole no podía ser aficionado á controversias literarias y pedantescas, y efectivamente, las evitó y solo excepcional y accidentalmente tomó parte en alguna. Fué protector generoso y en grande escala de los literatos y artistas del Renacimiento. De sus propias obras solo publicó, fuera de algunos trabajos pequeños, una en latín sobre el matrimonio (*De re uxoria*), cuando no tenía mas de diez y siete años; pero como este trabajo no es mas que una colección de pasajes sobre esta materia tomados de las obras de los autores antiguos, no era ningun obstáculo para componerla la edad juvenil del autor.

Algo mas moderno que los anteriores es Andrés Navagero, que nació en Venecia en el año 1483, en el cual nació tambien en Urbino otro gran lumínar del Renacimiento, Rafael Sanzio, ó mejor dicho, Santi. Navagero, como todos sus contemporáneos, estaba orgulloso de ser descendiente de la raza latina, y para ellos era Roma la capital principal y el objeto de sus deseos. Una vez fué allí con Rafael, que á la sazón hacia su retrato, del cual se ha conservado solo una copia. Tambien fué de la partida Bembo y otros, porque este último lo dice en una de sus cartas, anunciando que irá con Navagero y algunos otros, «para verlo todo, lo antiguo y lo moderno. Allí vamos principalmente para dar gusto al señor Andrés, que pasará la Pascua en Roma y regresará despues á Venecia.»

Navagero estudió humanidades en Venecia bajo la dirección de M. A. Sabellico, y cursó el griego en Padua, en la clase de M. Musuro, que le comunicó su entusiasmo por Píndaro. P. Pomponazzo le enseñó á pensar con independencia y criterio propio, y en general fué su educación severa y seria, como él lo fué toda su vida; sin dejar de ser franco y sincero, su severidad le hizo castizo en el lenguaje, por lo cual á duras penas mereció gracia á sus ojos Cátulo, y por lo mismo tuvo odio á Marcial, tanto que cada año entregaba al fuego un ejemplar de las obras de este poeta. Sus propias poesías pertenecen á las mas hermosas de la literatura del Renacimiento, siendo las mas célebres sus odas á Venus y á la Noche, y su saludo á la Patria. En todas ellas campean ideas y motivos modernos presentados en la forma clásica antigua, pero con el empleo sobrio de la mitología y gran empeño en hacer resaltar su fe ortodoxa y su patriotismo. Pronunció muchos discursos en honor de cada dux de los que en su tiempo reinaron en su patria, y sobre autores eminentes contemporáneos; adquirió muchos manuscritos y describió antigüedades, como conocedor que era, despues de haberlas examinado y discutido con amigos entusiastas y peritos como él. Trabajó activamente en la continuación de la obra de su maestro Sabellico, la *Historia de Venecia*, y finalmente escribió poesías y discursos con objetos políticos. Felicitó al papa Julio II en una bella poesía por su alianza con Venecia, y cuando Leon X proyectó una campaña general contra los turcos, apoyóla Navagero con su elocuencia. Su patria le confió misiones diplomáticas importantes en la



Fachada del palacio ducal por la parte del canal